

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 27

Sevilla—Martes 3 de Febrero de 1903

AÑO XXVII

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

R. I. P. A.
LA SEÑORA
D.ª SALUD DE LEON SOTELO Y MORALES

VIUDA QUE FUÉ DE LOS SEÑORES

D. MANUEL G. SICILIA DE LA CERDA

y D. EDUARDO GALAN Y ALLÚS

HA FALLECIDO EN SEVILLA EL DIA 30 DE ENERO DE 1903

A LOS SETENTA Y DOS AÑOS DE EDAD

DESPUES DE HABER RECIBIDO LOS AUXILIOS ESPIRITUALES

Sus hijos D.ª Julia y D. Ramón G. Sicilia; Hijos políticos, Nietos, nietos políticos, D. José Centeno González, Sobrinos, Sobrinos políticos, demás Parientes, Director espiritual D. Ezequiel Mudarra y Afectos,

Suplican á sus amigos se sirvan asistir al funeral que, por el eterno descanso de su alma, habrá de celebrarse en la parroquia del Divino Salvador, el Jueves 5 de Febrero, á las diez de su mañana, por cuyo favor le vivirán eternamente agradecidos.

El duelo recibe y despide en la Sacramental de dicha Iglesia.

NO SE REPARTEN ESQUELAS.

El Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Sevilla se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á sus fieles diocesanos por las oraciones y actos de piedad cristiana que recen ó practiquen en sufragio del alma de la finada.

Potencia económica

España, esta nación vilipendiada, menospreciada y pasto de políticos explotadores y sin conciencia, que, después de primirla, la desahonan y la deshonran en el extranjero, ha dado pruebas de una potencia económica de que no hay ejemplo.

La recaudación del año 1902 ha superado la cifra de 1,000 millones de pesetas de ingresos para el Tesoro. Es decir, que hemos llegado al presupuesto grande que siempre hemos defendido en estas columnas, aunque con todos los inconvenientes de un presupuesto reducido y pequeño para andar por casa, y todo lo más para satisfacer compromisos contraídos, no por nosotros, sino por los malos gobiernos que nos llevaron á los desastres de una guerra sin precedentes y á la vergüenza de una paz sin ejemplo, en que, después de perderlo todo, pagamos también deudas de otros.

Ese presupuesto grande, ese exceso en los ingresos, comparado con los gastos, no servirá, sin embargo, para mejorar la situación del erario público, para reorganizar los servicios, para fomentar la riqueza, para utilizarlo en beneficio de la altura nacional, para dotar al ejército, para mejorar la situación de nuestro ejército. No servirá tampoco para quitar peso al terno Juan español, que tal vez por esto mismo le aprieta más los tornillos. Villarde en los presupuestos que confecciona.

No tendrán siquiera el consuelo los buenos ciudadanos de ver que parte de ese superávit se aplica á satisfacer la deuda sagrada que tiene la Patria por culpa de sus gobiernos con los infelices soldados que pelearon en las campañas de nuestra última guerra colonial.

Para nada útil ni beneficioso tendrá aplicación ese exceso de que tanto se vanaglorian los partidos de turno. La usura de la banca recogerán el fruto de ese excedente contributivo con que el país ha respondido.

Banqueros y prestamistas sin conciencia se habrán frotado las manos de gozo al ver que los infelices contribuyentes espolimos les llenan sus gabetas de oro.

El presupuesto grande pedíamos y pedimos nosotros, pero mediante una justa y equitativa distribución de los impuestos y una investigación verdad de las ocultaciones y sin daño para el contribuyente; al contrario, disminuyendo las cargas públicas, podemos llegar desahogadamente á una nivelación verdad y sucesiva, consagrando importantes cantidades, garantizadas para una dotación de buques modernos que respondan á nuestras necesidades, ya construidos en el extranjero, ya en España, pero no por administración, sino mediante subastas ó concursos.

El presupuesto grande es la mayor garantía para los partidos republicanos, que rebajando las cargas que representa la monarquía, por el solo hecho de instaurarse la República, representaría una economía de cerca de cien millones, que podrían tener una explicación reproductiva y acumular grandes elementos de progreso moral y material para el país. El secreto está precisamente en que el régimen actual representa todas las fastuosidades del pasado y todos los vicios de la reacción; y la República significa todos los adelantos de la cultura moderna por medio del trabajo y el positivo progreso, sin oropeles, sino ateniéndose al valor efectivo de los signos de riqueza, ya se manifiesten mediante los grandes descubrimientos de la inteligencia, ó bien por el esfuerzo del trabajo honrado.

A. A.

Murmuraciones

Como el Doctor Panglós, los españoles vivimos en el mejor de los mundos posibles...

Nada sucede que no sea para nuestro bien.

Todo lo que ocurre es porque debe de ocurrir.

El Gobierno que nos rige ha echado anclas, y no navega para adelante ni para atrás.

Todos aquellos decretos con que amenazaba Maura desde la oposición han quedado reducidos á agua de cerrajas, y á recomendaciones para que todos los niños recolecten su acta de diputado á Cortes en la próxima y nonnata legislatura. Andalucía es campo abonado para que D. Antonio Maura consiga satisfacer los deseos de la mayoría de sus clientes.

La representación de Sevilla en Cortes, como la túnica de Jesús, se ha jugado á los dados en el ministerio de la Gobernación.

Por la capital, esto es, la voluntad de los ciudadanos en Sevilla, deberá ser... esta: D. Fulano y D. Zutano.

Y la voluntad de los distritos de la provincia... esta de: D. Perengano y el marqués de Cual.

Alabemos la moralidad y la rectitud de conciencia del señor ministro de la Gobernación, porque es el ejemplo que necesitamos para la futura regeneración.

El Gobernador de Sevilla, señor marqués de Montesa, no echó en saco roto las advertencias que hicimos días pasados al enterarnos que los queridos compañeros *El Liberal* y *El Noticiero Sevillano* estaban al tanto de lo que ocurría con el fondo que se recauda por la sección de Higiene, fondos que á nosotros nos han tenido siempre sin calenturas y sin un mal ó buen dolor de cabeza.

Una casualidad hizo que los removieramos de pasada, y esto dió lugar á que por nuestra primera autoridad civil se rectificara aquella presunción nuestra, rectificando á la vez dicha simpática autoridad el olvido en que nos tenían sus subalternos.

A aquella casualidad, decimos, debemos hoy el conocimiento de ciertos pormenores que vamos á criticar para ver si el señor Gobernador no se deja influir por la rutina—ya que tenemos tan buenas noticias de su independencia en el orden particular—y hace algo bueno que le dé honor y agradecimiento.

Es el caso que el señor Gobernador, igualándonos, como debe hacerlo, á los demás colegas de la ciudad, nos ha remitido una nota de los fondos sobrantes del ramo de Higiene, puntualizando su inversión.

Y la inversión es ésta; fijense nuestros lectores:

Asociación del Niño Jesús de Praga, 50 pesetas.

Idem de la Doctrina Cristiana, 25 pesetas.

Siervas de María, 25 pesetas.

Santa Paula, 25 pesetas.

Hermanitas de los Pobres, 25 pesetas.

Hermanitas de la Cruz, otras 25 pesetas.

Otras cuantas zorras, á 25 pesetas también.

Y últimamente, á las Hermanas de Cristo, 15 pesetas.

¡Hermanas de Cristo! Causan risa estas martingalas.

Hay también algunas otras partidas, como la destinada á los Expósitos y al fondo de vestuario para la Vigilancia, que están exentas de toda discusión.

Deducimos, pues, de la nota que el señor Gobernador nos ha remitido, y cuya personalidad, antes y ahora, en esta clase de asuntos, nosotros no la creemos incluida en culpa, que las pobres prostitutas trabajan para que todas las hermanitas de la Corte celestial se lucren con los productos de la industria que ellas ejercen.

¿No es esto indigno?

¿No es esto inhumano?

¿No clama al cielo esta distribución?

¿Las hermanas de Cristo percibiendo el dinero que se recauda á costa del vicio y á costa de honor de las familias!...

Si las Hermanas de Cristo y las Hermanas de la Cruz quieren hacer el bien y ejercer la caridad—suponiendo que la ejerzan con altruismo, que es mucho suponer—¿por qué no buscan recursos á costa suya y no á costa ajena?

Centenares de familias honradísimas yacen en Sevilla en la mayor miseria; de esas familias salen los soldados, los servidores de la patria, los obreros todos: ¿por qué no ordena el señor gobernador que le pasen nota, y entre ellas distribuya esos productos?

¿No serían más agradecidos y estarían mejor destinados?

¿Por qué ha de servir el dinero de la prostitución material para mantener esa prostitución moral que todo lo absorbe, todo lo acapara, renegando de la familia y del amor, y santificando el más refinado egoísmo?

—Eso me aconsejan—dirá el señor Gobernador.

Pues le aconsejan mal.

Si el señor marqués de Montesa quiere hacer verdaderas obras de caridad con

ese dinero que debe de quemar las manos de toda persona honrada, repártalo entre familias necesitadas, entre madres con hijos y hermanas con hermanos, y no entre esas zorras que hacen nido con el nombre de la Caridad para explotarla y vivir á sus anchas.

Para meter contrabando allá en Málaga la bella falsifican los civiles... Un periódico nos cuenta que entraban por los felatos todos con la panza llena de alcohol, y que los guardas les hacían reverencias... ¡hasta que dieron el soplo y cayeron en la cuenta que eran ya muchos civiles los que entraban por las puertas!

Como hay un capelo cardenalicio vacante, los periódicos que entienden de estas maturrangas eclesiásticas sacan á luz los méritos que tienen los candidatos que están en estado de merecerlo. Hélos aquí:

“El arzobispo de Granada es un montón de carne, siempre dormido como un lirón, y está desprestigiadísimo por su ignorancia, sus torpezas y sus vicios harpánicos.

El arzobispo de Burgos es un enorme zoquete, fraílón ridículo, ignorante y egoísta, que sólo se distingue por su rudeza y su tacañería. Por otra parte, es antidinástico, ¡guarda! no conviene disgustar á las instituciones.

Cos, arzobispo de Valladolid, es un cadáver moral: todo en él ha muerto, prestigio, seriedad, fama de ilustrado y de hábil, actividad, fe, buen sentido... todo: no hay que hablar de él siquiera.

El arzobispo de Zaragoza es muy joven, muy torpe y carece de méritos.

El de Valencia, muy viejo, tildado de liberalismo y no muy querido en Roma, donde tienen de él ciertos recuerdos y muchos recelos.

El de Tarragona parece hombre serio, no tiene muy mala historia, pero no se sabe si, por ser una medianía intelectual ó por su frialdad, el Vaticano se muestra desdeñoso con él y en las esferas oficiales no parece tener mucho apoyo.

Queda el de Sevilla, uno de los buenos postores que ofrece mucho dinero y no deja de pretender un instante la birreta; pero se le juzga en Roma tan inútil y tan falto de cualidades como al de Granada: también es antidinástico de lo más declarado.

El alto clero episcopal español es, por lo que se ve, un montón de carne que apesta á todo, menos á sabiduría.

Sin embargo, en Roma, y detrás del mostrador, grita Rampolla, con el capelo en la mano:

—¿Quién da más? Se tasa en doce mil duros: ¿quién da más?

CARRASQUILLA.

Tomemos nota

Canalejas ha ido á Alcalá de Henares, y en el mítin allí celebrado dijo:

“Estimo como la primera de las libertades la libertad de conciencia.

Jamás pediré la venia al sacerdote para regir mis actos como político.

Yo no he de arriar jamás mi bandera. O triunfaré con ella, ó con ella pereceré, sirviéndome de sudario.”

Reproducimos estas frases pronunciadas por el exministro radical, porque representan en estos momentos un valor extraordinario, si responden, como es de suponer, á un elevado sentimiento de sinceridad.

La actitud que se deriva de estos conceptos, ha de ser, sin duda, origen de viva satisfacción para todos los demócratas, y señala el camino por donde las arrogancias canalejistas han de orientarse.

Con toda claridad conviene decirlo, aunque nuestro dicho mate las ilusiones de los elementos adheridos á este nuevo banderín de enganche, con el propósito de medrar ó gobernar en breve plazo.

Canalejas no será poder con la monarquía de Alfonso XIII.

Canalejas no será llamado a los Consejos de la Corona.

La impedimenta es ese programa; barrera infranqueable son esas declaraciones, que habrán sonado mal, muy mal, en los oídos de regias personalidades.

Canalejas puede permitirse los mayores radicalismos en orden a la cuestión social y a la descentralización administrativa. Y, no obstante, en altas esferas, vendiendo tradicionales repugnancias, y por virtud del miedo, se transigiría con él.

Pero lo que no puede permitirse Canalejas, bajo pena de ser desterrado perpetuo del Gobierno, es la afirmación de que no será nunca juguete del clericalismo, presentándole además batalla en todos los terrenos.

En el Alcázar, donde un día memorable y triste se escuchara, como el eco de un profundo gemido, aquella confesión *sálvese mi alma y que se pierdan las colonias*, las puertas se cierran a piedra y lodo para que no penetren siniestras figuras de demagogos, que claman contra los pobrecitos sayones de la Iglesia.

Aquellas, palabras acogidas por toda la nación española como el arrepentimiento mongil de un espíritu sugestionado a extraña e interesada dirección, detuvieron los arrestos justos y liberales de los que aún creían en la compatibilidad de nuestro régimen con el régimen democrático.

Ineficaces fueron las protestas del hoy muerto partido fusionista, é inútil el famoso compromiso escrito y jurado por los primates sagastinos, que tiraron por la borda al irreductible Canalejas.

No hay remedio. En este país, todo lo pueden intentar los políticos audaces, todo, menos tocar a los frailes; todo, menos reducir las exigencias del Vaticano.

¿Se aparta de él Canalejas? ¿En aras de la democracia y de las grandes ideas redentoras le cita a combate?

Pues hombre al agua. Hombre muerto dentro de la monarquía.

Nocedal está más cerca del banco azul que el joven político defensor en el mitin de Alcalá de tan atroces herejías.

A la postre, procesado y vencido en la conquista del poder, ¿qué camino le resta para hacer práctica su democracia?

Sólo uno, que el buen sentido aconseja y la propia consecuencia impone.

La República, donde no hay veto ni resistencia a las corrientes poderosas de la opinión cuando ésta se impone.

Tomemos nota al presente con vistas al porvenir.

MARCIAL DORADO.

CRIMENES IMPUNES

Basta que los jurados entiendan que un hombre ha matado obedeciendo los impulsos del amor o de los celos, para que decreten la absolución del tal hombre. ¿En qué se fundan al cometer tal aberración? ¿Es que cada uno de ellos se siente capaz de imitar la conducta del asesino o del homicida que ante ellos se presenta, y no se atreve a reprochar a un semejante la acción que perpetraría él si se le presentaba ocasión oportuna? ¿Es que los señores que componen el jurado, instruidos a medias, están influidos por la moral cursi y deplorable de las novelas por entregas, escritas por hombres sin seso y sin sentido común? No lo sé. Lo positivo es que se absuelve, aquí como en Francia, en los Estados Unidos como en Italia, a una porción de individuos que merecen severo castigo y que, viendo que no se les aplica por su primera fechoría, se sienten dispuestos a repetirla, siempre que su pellejo no corra riesgo.

Las absoluciones que se pronuncian en favor de los reos de los "crímenes pasionales" son iníquas y son muchas. Sublevan la conciencia de todo hombre dotado de recto sentido, y es hora ya de que contra ellas y contra los torpes ó mal intencionados que las hacen posibles, se levante una protesta enérgica.

Como si no bastara la broma pesada y peligrosa de los "crímenes pasionales", alentados quizá por la impunidad de que gozan sus autores, se ha puesto en moda

otra serie de crímenes que nadie castiga tampoco y que son más repugnantes aún que aquellos.

Hace unos años que la multitud, la estúpida y ciega multitud, se erige en juez y verdugo, quizá porque sus malos instintos la llevan a tan deplorable extremo. Los mismos brutos que abominan del verdugo cuando aparece en público, se avienen a sustituirle voluntariamente antes que la ley haya condenado al presunto culpable.

Ejercen de balde un oficio que reputan de infamante y vil. La ola de las malas pasiones, que reprime en el individuo el miedo a la sensación penal, aparece como dueña y señora de las multitudes y las empuja a crímenes cobardes, a injusticias horribles. Dicen autores sin seso que las multitudes son irresponsables. Escuchándose en tales dichos, las muchedumbres perpetran verdaderas atrocidades. Y nadie les pide cuenta de su conducta. "El pueblo se hizo justicia y mató al criminal." Así dicen muchos periódicos al dar cuenta de un crimen indigno, cometido por muchos contra uno.

—¿Quién mató al comendador?
—Fuenteovejuna, señor.
—¿Y quién es Fuenteovejuna?
—Todos a una.

Para las grandes ocasiones son las grandes justicias. Cuando una raza entera no puede obtenerla de los magistrados que nombró y que paga para administrarla, no es de extrañar que se tome la justicia por su mano. Cuando aquel que comete crimen sobre crimen parece que está fuera del alcance de la ley, bueno es que las muchedumbres le demuestren que existe una ley superior, la del más fuerte, la de las mayorías, la de la razón, contrapuesta en algunas ocasiones a la escrita.

Por eso que se mate ó palpee a un infeliz cualquiera acusado en la calle de un delito que quizá no ha cometido—en Barcelona ocurrió un trágico ejemplo de ello—es una verdadera indignidad, una cobardía sin nombre, un crimen repugnante y vergonzoso.

Todo aquel que esté dotado de sana razón comprenderá lo que ha caído. Dejen que le juzguen y muerdan y atenacen, moral ó físicamente, corchetes y escribanos, la gente toda que del castigo de sus semejantes vive; no quieran usurpar atribuciones ni aplastar al caído. Lo que ha ocurrido hace pocos días en Lovaina debe servir de lección y escarmiento. La muchedumbre apaleó de un modo brutal a un hombre inocente. ¿Qué sacó de ello? El gusto de haber cometido una barbaridad y un verdadero crimen.

Y si las muchedumbres son tan ciegas que no advierten su iniquidad, tomen cartas en el asunto los tribunales y castiguenlas con el rigor que se merecen, que nunca será bastante si persisten en su conducta odiosa.

MARCO POLO.

LOS JUGUETES

El ya popular periódico de información gráfica, *A B C*, publica en el número correspondiente a la semana última, un artículo muy curioso con motivo del santo del rey.

En él se nos da cuenta de los regalos con que la reina madre obsequiaba a su hijo todos los años en el día de su santo, cuando era niño.

Empezaron los regalos—dice el articulista—en el año 1888, siendo los primeros muñecos mecánicos, carritos y coches, que el entonces niño hacía rodar conducidos por una cuerda. Siguieron a éstos los soldados de plomo, con los cuales D. Alfonso formaba sobre las alfombras sus belicosos ejércitos. A las milicias de plomo siguieron los rompecabezas, la arquitectura de madera para construir catedrales en miniatura, fortificaciones y palacios. Vinieron después soldados vestidos con todo rigor, con articulaciones de movimiento, fabricación especial y notable de Viena. Otro año cañones, fusiles y espadas de dimensiones reducidas. Otro, los aparatos de fotografía, llegando a reunir en la actualidad diecisiete máquinas de todos los sistemas. En los últimos años los regalos han sido escopetas y caballos de montar. Recientemente, con motivo de las Pascuas, ha recibido también de su madre caballos ingleses y escopetas también inglesas.

Parece que no, pero estos periodistas casquivanos y ligeros, estas marisabidillas que todo lo saben y todo lo huelen, prestan sin querer un gran servicio al hombre estudioso que permanece encerrado en su gabinete y a los historiadores del porvenir.

No frecuentó D. Alfonso colegios ni universidades. No tuvo como profesores grandes hombres de ciencia. No salió nunca de su palacio para sumirse en la contemplación de la naturaleza, para ver cómo trabajan la tierra los gañanes con la espalda encorvada y la frente sudorosa, para visitar las fábricas y talleres, para acercarse un poco a los súbditos cuya felicidad había de hacer por mandato divino.

Los encargados de dirigirle se contentaron con hablarle de ejércitos, de batallas, de grandes capitanes, de sables y fusiles.

¡Entretanto perdíamos a Cuba y Filipinas! ¡Desaparecía para siempre nuestra heroica leyenda! ¡El mundo entero lanzaba una carjada estridente al conocer nuestra derrota!... Y el pueblo, el pobre pueblo, recobraba por un instante la razón, comprendiendo que le habían estado engañando; y ya no se entusiasmaba al ver desfilar en las grandes paradas a los soldaditos regnados y humildes. Al contrario, sentía infinita tristeza y se estremecía de espanto ante la idea de una nueva guerra que segase la vida en flor de aquellos infelices.

No se ha borrado aún la impresión dolorosa. Siempre que pasa un regimiento por las calles de nuestras ciudades, marchando al compás de las marciales notas de la banda, se despierta en la imaginación popular el triste recuerdo de los miles de proletarios cuyos huesos se pudren en los campos de Cuba y Filipinas. Y entonces se preguntan muchos con célera mal reprimida: —¿Para qué sirve eso?...

No se comprendió esto, sin embargo, ó no se quiso comprender en las altas regiones. Los profesores favoritos del rey niño continuaron siendo militares. Los regalos que su madre le hacía eran escopetas, sables y cañones.

Por eso el primer acto de resonancia del joven monarca, después de la jura, fué pasearse al frente de un regimiento de artillería por las calles de Madrid, con gran disgusto del entonces ministro de la Guerra, general Weyler, al cual, según parece, nada se le había consultado.

Las milicias de plomo y los soldados con articulaciones de movimiento, fabricación especial de Viena, habían quedado arrinconados en un desván de palacio. Había llegado la hora de ensayar las dotes de mando al frente de soldados de carne.

Los padres, los preceptores, son los que forman el carácter de los niños.

Los detalles más insignificantes influyen de un modo extraordinario y profundo en sus inclinaciones y tendencias.

Las primeras impresiones que reciben son las que más intensamente quedan grabadas en su alma.

Son los niños pequeños salvajes, a quienes seduce todo lo que brilla.

Por eso todas las criaturitas de ocho ó diez años quieren ser toreros, generales y obispos.

Les enloquece el traje de luces, la espada fulgurante como un rayo de sol, el casco de plumas, las castillas doradas.

Los piñuelos, con esa precocidad instintiva de las clases pobres, no tardan en comprender que no se han hecho para ellos los fajines de seda, las bandas de colores, los relucientes entorchados y las mitras cubiertas de rica perdrería.

Pero saben que no es difícil llegar a ser un torero célebre y salir a la plaza ataviado con un traje bordado de oro.

Por eso sus juegos favoritos son las capeas, las corridas simuladas, donde un muchacho hace de toro, otro le pone banderillas y otro lo remata con un estoque de palo, cubierto con el papel plateado de las libras de chocolate.

Los chicos de las clases acomodadas pican más alto. Han estado en la iglesia los días solemnes. Han visto al cura rodeado de incienso al pie del altar, hecho unas ascuas, cubierto de flores. Lo han visto erguido y majestuoso delante de la multitud prosternada, lanzando como un Dios reflejos dorados de sus vestiduras.

Lo primero que se les ocurre al llegar a casa es hacer un altarcito y ejercer de sacerdotes.

Sus mamás, encantadas, les compran entonces santitos de plomo, y ya se imaginan ver a sus tiernos vástagos ocupando el solio de los Papas, ó por lo menos la silla arzobispal de la diócesis.

Pero lo que más entusiasma a los chiquillos es hacer el papel de guerreros. Al fin y al cabo es lo que está más en armonía con su naturaleza de pequeños salvajes, en los cuales se sobrepone a todo la fierecilla aún no domada.

Da dolor ver a los padres fomentar en sus hijos instintos malsanos. Los primeros juguetes compran a sus hijos son sables, escopetas, tambores. A nadie se le ocurre comprarles azada, enseñarles a plantar un árbol, a cultivar un pedazo de tierra. No cabe duda que los niños como seres primitivos, sienten gusto especial por la naturaleza, y por lo tanto, excusado decir que experimentarían también singular placer en jugar a los menesterales y labriegos. Los he visto a menudo con las manos manchadas de tierra, construir canales y levantar construcciones de guijarros.

Pero esto no entra en los cálculos ni se adapta a las ideas de orgullo y dominación de los padres.

Y así hacen, sin pensarlo, seres inútiles, guinarios y despóticos.

Aún no hace muchos días, iba yo por la víspera de la festividad de los Reyes.

Me sentí conmovido. Una oleada de amor y amor me acariciaba dulcemente. Ante las vitrinas se amontonan mujeres y hombres, jugando con amoroso afán mil chucherías y sus chiquillos. Casi en su mayoría eran trabajadoras. Había hombres de blusa, de semblante curtido por la intemperie, que iban dispuestos a emplear parte del jornal para comprar algún juguete que hiciese al día siguiente la felicidad de sus pequeñuelos.

De pronto pasó por mi lado un guapo de rubios mechachos, haciendo sonar las espadas y arrastrando el sable de sargento de milicias. También había ido a comprar juguetes.

No pude menos de sonreír tristemente. Vaya una escopetita, un sable, un tambor, sé cuántos más instrumentos bélicos para jugar. Por lo visto quería dar a éste una educación regia. Y volví a sonreírme con ironía...

Se acerca el Carnaval, y por esas calles veremos a docenas capitancitos de húsares, generales con bigote y perilla de algodón entorceros y chulos y diminutos reclutas.

Los disfraces de los niños darán a conocer al observador las aficiones y los gustos de los padres.

Parece cosa insignificante y baladí de juguetes y disfraces.

Tiene, sin embargo, una gran trascendencia.

Quizás las milicias de plomo y los soldados con articulaciones, fabricación especial de Viena, con que jugaba el rey cuando niño, carguen de demostrarlo.

CONSTANTINO PIQUERAS.

De actualidad

Tánger.—Afirmase que las tropas tuvieron rudo combate cerca de Fez con los rebeldes, sufriendo éstos completa derrota y abandonaron sus posiciones, persáronse totalmente.

La caballería imperial persiguió a los rebeldes, capturándolos vivos.

Dice el corresponsal de *El Liberal* que estos informes son oficiales; pero sin embargo algunos creen en la acción de guerra.

Tánger.—La victoria de los imperiales fué el día 30 a las cuatro de la mañana.

Fué tan terrible la acometida, que los rebeldes no pudieron resistir a los imperiales y abandonaron el campo de batalla, muchos muertos, heridos y prisioneros, tiendas, cañones y gran cantidad de municiones.

Parte de las tropas imperiales se ocupó a perseguir a los rebeldes.

Otros, mientras tanto, llevaron los cañones a Fez.

La capital está engalanada.

Tánger.—Según informes llegados al pretendiente fué conducido a Fez montado en su burro, en recuerdo de su pasado, que le dió el nombre de Bhuamara.

En esta forma recorrió las calles. Dicese que la captura relaciónase trabajos diplomáticos realizados por el hermano del ministro de la Guerra.

Supónese que la captura ha costado 40.000 duros y que las kábilas de Gasbina traicionaron al Roghi.

París.—Continúa el examen de las peticiones de las Congregaciones religiosas. Combes ha denegado 2.200.

El duque de Tetuán pasó la noche tranquila.

El estado general del enfermo es igual que ayer.